

Roberto Krautmacher

METAFORAS MUERTAS

SE ALE permitido al autor del presente artículo, en los estrechos límites de su humilde condición de hispanófilo, contribuir con una pequeña cuota filológica para difundir el conocimiento científico y la inteligencia más profunda del hermoso idioma español. No sólo para el estrecho círculo de los eruditos está destinado el presente trabajo sino para todos los hijos del pueblo que toman afecto por la generación, la vida y la prosperidad de la lengua de Cervantes.

Sucede a menudo que el erudito, por más versado que esté en idiomas extranjeros, se ve inhabilitado para dar una explicación satisfactoria de los términos más trillados del idioma; y penetrar en el sentido íntimo de la acepción de una palabra le es a veces harto difícil. Sólo al que llega a las fuentes del idioma se le abre el conocimiento de sus arcanos. Afortunadamente, la Semasiología cuenta día a día con más adeptos.

El punto de vista más correcto de todo estudio idiomático es el histórico. Tal como el ojo del hombre, cuando mira todos los días las bellezas naturales de su terruño, con el tiempo pasa impasible e indiferente sobre el paisaje más hermoso, así el hombre puede perder también la facultad de apreciar debidamente los primores intrínsecos de la lengua. Las palabras le sirven únicamente como medio de hacerse entender y se deslizan de sus labios tan flúidas que apenas le queda tiempo para reflexionar sobre su origen o su vida evolutiva, evidentemente, porque han cambiado su aspecto en contenido y forma, y, por eso, causan al contemplador profano la impresión de una imagen velada.

Preciso es, para darse cuenta cabal de su estructura y profundidad de concepto, quitarles este velo. El premio corresponderá entonces al esfuerzo, porque en alas del pensamiento nos sentimos llevados a los tiempos más remotos, y, al descubrirse el velo, se nos ofrece el espectáculo del recorte de una cultura arcaica, tan clara y nítida, como si la viéramos con nuestros propios ojos.

De gran trascendencia en la Semasiología es el uso de la metáfora. Es ella el medio más eficaz para la nomenclatura de complejos de representaciones intelectuales, para las cuales no existen aún vocablos adecuados. Su empleo, sin embargo, no se concreta sólo a los casos en que existe tal necesidad. También en los casos, que disponen ya de un término propio existente, se observa un impulso íntimo que tiende a una expresión metafórica. Es la metáfora algo que emana de la naturaleza humana con urgencia, no sólo en el lenguaje poético sino ante todo en el lenguaje vulgar que propende siempre a la caracterización intuitiva y más enérgica. Al examinar nuestro propio lenguaje resulta que en cada frase, en cada expresión, se oculta una imagen.

Es indudable que los complejos de representaciones que obran más poderosas en el alma, facilitan la creación de las metáforas. Lo apartado del entendimiento o interés se hace más perceptible por la sustitución de algo más cercano. Bien acierta Schopenhauer al decir:

Los símiles son muy valiosos, por cuanto reducen una relación ignota a otra notoria.

La individualidad del interés se da a conocer en la elección de las expresiones metafóricas, y por la cantidad de las metáforas empleadas en una lengua se conoce qué calidad de intereses prevalece en una nación. Las más frecuentes son las tomadas de los quehaceres de la vida diaria, de la agricultura, crianza de animales y oficios de artesanos.

— — —

Una metáfora está viva cuando la imagen queda manifiesta al que habla, cuando el individuo tiene la conciencia de no usar una designación directa e inmediata, sino de expresarla por el medio de una transparencia perifrástica. Muy a menudo, empero, sucede que las metáforas por el uso continuo se endurecen. La imagen primitiva se ofusca, se turba y se cubre con

un velo. Entonces ya no es perífrasis sino relación directa. La metáfora ha muerto.

Es muy difícil determinar si una metáfora está viva o muerta, y hay casos en que es del todo imposible discernirlo; además el sentido lingüístico es muy variado según las personas.

¿Se siente todavía en la palabra «comprender» el conexo con «prender»? Antes uno podía comprender con las manos (*comprehendere manibus*), hoy sólo con la mente (*comprehendere animo*), expresión de acción sensible aplicada a una espiritual. La palabra «señorita» viene del latín *senior* = la más vieja, ¡qué paradoja! ¿Acaso se percibe aún la imagen, o en «erudito» (*ex rudis*) el que ha salido del estado de rudeza? No, ha desaparecido por completo la metáfora, está muerta. Con otras palabras: entre la cosa y su designación hay completa adecuación. El eslabón entre la acepción propia y la traslaticia se rompió. Sólo en la lexicología o semántica se mantiene aún la unión en la conciencia del que habla, las palabras se ha hecho dos. A las metáforas muertas o medio-muertas, las llama Jespersen «ex-metáforas». Cuantas más mueren, tantas más nacen. La necesidad de crear nuevas imágenes, a cual más grotesca, existe y existirá siempre. La sienten todos los poetas, y en cada hombre, esté hablando o escribiendo, hay algo de poeta, y el mayor de todos es Sancho Panza. ¿Por qué? Porque la fuente más rica de innovación lingüística y semasiológica emana del idioma vulgar, del «argot», de los dialectos, que usan metáforas en forma abundantísima. Una página de un diccionario del «argot» o germanía contiene más metáforas que una poesía de P. Antonio González o de Pedro Prado. El idioma más fecundo en imágenes es, a mi parecer, el castellano. Sancho Panza habla en forma más pintoresca que el mismo Goethe. ¿Prueba? Léase el capítulo 33, II parte, del *Quijote*.

Requisito indispensable de un estilo plástico es que la imagen usada nos convenza de su necesidad; es por eso que Quintiliano exige de su «Translatio», que nosotros llamamos metáfora, que deba «plus valere eo, quod expellit», que debe valer más de lo que expulsa.

A medida que la fantasía continúa formando nuevas metáforas pierden las usadas su fuerza, degenerando en términos incoloros que ya no satisfacen la plasticidad del sentido retórico. Curioso, que en los más de los casos la imagen primitiva no resalte tanto del plano de conciencia cuando hablamos como cuando la vemos escrita. Entonces despierta nuestra reflexión. Las podemos considerar como fórmulas petrificadas, como monedas cuyo relieve se ha borrado y que se puede conocer sólo

mirándolo y comparándolo con atención. Un conocido lingüista ha llamado a la lengua un herbario de marchitas metáforas, y la metáfora que emplea el poeta Lenau en los siguientes versos se puede aplicar también a las metáforas muertas que se parecen a los bloques erráticos del archiidioma:

Un mundo remoto dejó en este valle
para contemplativos caminantes
sus sueños pétreos.

Ya hemos dicho que el caudal de términos metafóricos forma el alma y la riqueza de un idioma, y el orador puede echar mano a este tesoro a su antojo, tal como el vate a sus fórmulas épicas, cuando, por ejemplo, habla de «la hardida lanza» y de «la vellida barba» (*Poema del Cid*) sin designar la persona a que corresponden.

Son como recortes muy expresivos que nos permiten una mirada a un mundo perdido, reproduciendo el estado de cultura de otros tiempos.

El latín clásico fué, sin duda, tan rico en imágenes como el castellano. ¡Lástima grande que ya no podamos distinguir sus símbolos! Para demostrarlo vamos a diseñar a continuación unos perfiles de la vida de los antiguos romanos.

La vida en el Lacio descansaba enteramente en la agricultura y la crianza de ganados, que conservaba todo su vigor moral mientras este ramo de actividad social permanecía en pureza intachable. Rústicos eran el modo y la peculiaridad de los antiguos latinos. Esta ocupación era considerada aun en los tiempos de vida refinada la más noble después de la organización política y militar, de manera que Horacio pudo aún ensalzar al hombre

qui procul negotiis
ut prisca gens mortalium
paterna rura bobus exercet suis,

lo que el poeta de la Edad Aurea, Argensola, repite en los versos:

Dichoso el que apartado
de negocios, imita
a la primera gente de la tierra,
y en el campo heredado
de su padre ejercita
sus bueyes, y la usura no le encierra.

Al fundar una ciudad, se trazaban con el arado los surcos (*lira*) que designaban los muros, y la división de la propiedad

formaba la base de las castas o familias o tribus. Como indica la palabra, eran tres, los Ramnes, Tities y Luceres, y sólo desde el rey Servio Tulio cuatro. De ahí «tribuere» significaba repartir entre los tres y «tributum» lo repartido entre los tres y los «tribuni» los encargados de esta repartición, y de ellos se deriva el «suggestum tribunale», el tribunal. Así la lengua encierra un gran tesoro de términos que fueron trasladados de la agricultura a otras relaciones. Como vetustas metáforas se manifiestan:

Delirio de «delirare» = de + lira = salir del surco o desvariar, salir del propósito.

Atribular de «tribulare» = trillar con «tribulum», un palo con tres palitos colgando de un extremo.

Prevaricación de «praevaricari» = trazar líneas curvas en el campo o faltar a la fidelidad.

Emolumentos de «ex + molere» = la molienda o la utilidad que corresponde a un empleo.

Calamidad de «calamitas», de «calamus» = daño que causa la tempestad entre los tallos (caña) de los cereales.

Rival de «rivalis», el vecino que posee la misma merced de agua (rivus = arroyo) y por las contiendas con él, el rival.

Acervo de «acer» = el montón de pajilla que sobra.

Siglo de «saeculum» en su acepción primitiva «tiempo de siembra» de «satio» (fr. *saison*) = sazón, y más tarde la centuria de años («sero, sevi, satum, serere»); de ahí también Saturno, dios de las siembra.

Corte de «cohortem», de co + hortus = cerco del jardín.

Pecunia de «pecus» = el ganado como medio de intercambio comercial.

Viuda de «vidua» con la raíz «vid» que encontramos en *divido* = privado de algo. «Populus vidua» era el álamo privado de la vid que se cultivaba arriándola al árbol.

Septentrional de «septem + trio» = los siete bueyes que servían para la trilla, más tarde la constelación sideral de la Osa mayor.

Egregio de «ex + grex, gregis» = el apartado, por su calidad, del rebaño.

Higado de «ficatum» = del ganso cebado con higos (*ficus*); es dudoso.

Trigo de «triticum», de tero, trivi, tritum = la molienda.

Peregrino de «per + agros» = el que llega a la ciudad atravesando los campos (agri) que circundan la ciudad.

Manojo de «manipulus», de manus + pleo = llenas las manos.

Terreno muy fecundo en tropos forma la organización militar romana. No es de extrañar que en un pueblo, cuyos habitantes, desde el punto de vista cívico-político se llamaron «Quirites» (*populus Romanus Quirites*) es decir, hombres de lanza (*curis* = asta) salpique a guisa de flores su lengua con términos guerreros. La guerra fué el elemento vital de los romanos. Dice Cicerón en *Tusc*, II. 16. 37:

Nam scutum, gladium, galeam in onere nostri milites non plus numerant quam humeros, lacertos, manus; arma enim membra militis esse dicunt.

De los tiempos más remotos son las metáforas siguientes:

Gritar de «*quiritare*» = llamar en auxilio a los «*quirites*», los conciudadanos.
Despojar de «*despoliare*», de «*spolium*» = la armadura, o quitar la armadura al enemigo vencido; la analogía la tenemos en «*robar*» del gótico «*raupan*» o «*rauben*» en alemán, fr. *rober* y la *robe*, el vestido quitado.

Intervalo de «*intervallum*» = el espacio que mediaba entre dos trincheras.

Príncipe de «*princeps*», de «*primum + capere*» tal como partícipe de «*particeps*» por el que toma sólo una parte del botín, mientras el «*princeps*» toma primero.

Premio de «*praemium*» de «*prae + emere*» = tomar antes que los demás e. d. recibir la recompensa.

Excelente de «*excellere*»: está tomado de los ejercicios de tiro, salir el tiro más arriba del blanco

Subasta de «*vendere sub-asta*» = vender al enemigo cautivo debajo de la lanza como esclavo.

Salario de «*salarium*» = la ración de sal que recibieron los soldados y oficiales de provisión semanal, que más tarde se cambiaba en oro.

Disciplina de «*discipulina*» de «*discere*» = aprender.

Delicias de «*deliciae*», de «*delicere*», de *de + lacio* = seducir a alguien para dejar el camino recto de disciplina, porque la severidad romana (*gravitas*) consideraba las diversiones como seducciones ilícitas.

Virtud de «*virtus*», de «*vir*» = el varón, significaba valentía, calidad de hombre y no de mujer como más tarde, así aún en el *Poema de Mio Cid*. «*Melius est virtute ius, nam saepe virtutem mali nanciscuntur.*» («*Mejor que la valentía es el derecho pues la primera la logran también los malos.*»)

Ignominia de «*in + nomen*» = no tener nombre, como los esclavos.

Nomenclatura de «*nomenclator*» = el esclavo que, precediendo a su amo, debía llamar los nombres de las personas que encontraban en la calle.

Soldado de «*solidatus*» de «*solidus*» = una moneda sólida de 25 denarii que recibieron de sueldo (alemán *Soeldner*, ingl. *soldier*).

Solemne de «*solemnis*», de «*sollus*» = «*totus + annus*» = *solannis*, lo que se repite todos los años.

Precipicio de «*praeceps*», de «*prae + caput*» = arrojarse con la cabeza adelante.

Prócer de «*procerus*» de «*pro + cerus*» de *cresco* = bien crecido o esbelto.

Sincero de «*sincerus*» de «*simpli + cerus*» = regular crecido.

Creemos haber llenado con este florilegio nuestro propósito, que era demostrar que la metáfora muerta puede revelar todavía el perfil de una cultura antigua. Pero de los citados ejemplos fácilmente se deduce otra cosa. Para lo inmaterial, lo puramente intelectual, no hay vocablo. Lo material, es decir, el símbolo, lo sustituye, y esto, indudablemente, es de mayor alcance para el desarrollo del pensamiento. De la conexión mutua del pensamiento con la lengua depende el futuro progreso de la filosofía. La evolución del pensamiento está condicionada a la reproducción de las imágenes, y los límites de la plasticidad de la lengua para formarlas son también los de la filosofía.

Antes que adorno, como únicamente la consideran los literatos preceptistas, la imagen, la metáfora es necesidad absoluta del espíritu creador y evolutivo de la lengua. Si todo lo transitorio es un símil, la lengua es el símil de los símiles.